

**E**N el Consejo de Ministros del día 3 comenzó a considerarse en Portugal el proyecto de ley Electoral, recientemente elaborada por una comisión superior. Las elecciones no están previstas hasta el mes de abril del año próximo: antes del aniversario del cambio de Régimen. Pero podrían celebrarse antes: urgen. Los poderes son provisionales, demasiado provisionales. Se separan algunas tendencias, se abren pequeñas crisis. Y la descolonización es siempre un proceso doloroso. El éxodo de las colonias africanas, el resentimiento y la amargura de los que podríamos llamar, como los llamó Francia, «pied noirs», se refleja de alguna manera en la metrópoli. El golpe de Estado del fin de semana en Mozambique, dado por los colonos blancos —y algunos militares—, que quieren formar un Gobierno rhodesiano o sudafricano —y sin duda con la ayuda económica, militar y política de los dos países detentados por los blancos en África—, tiene en Lisboa un efecto político especial: cierto refuerzo de Antonio de Spínola. El Presidente de la República había previsto en su famoso libro-tesis «Portugal y el futuro» algo menos que una descolonización: un entendimiento, una federación, un acuerdo general entre africanos y portugueses que mantuviera unos lazos determinados. Pero el proceso de descolonización se ha acelerado: se ha tratado de la independencia pura y simple. Muchos temen que sea el principio de una guerra civil colonial: quizá los acontecimientos de Mozambique lo son ya.

Las soluciones que no se han tenido en cuenta tienen la virtud de no haberse demostrado imposibles y siguen abriendo su equívoca alternativa hacia el pasado, hacia el «Si se hubiera hecho...». La solución Spínola era imposible, porque Portugal está lejos de ser el protagonista en el proceso de descolonización: lo son, sobre todo, los frentes de liberación, las poblaciones autóctonas, que no han aceptado otra cosa más que su propia independencia. La solución Spínola era ilusoria. Servía de ella únicamente el principio, la base: la de que Portugal no podía ganar militarmente la guerra de África, la de que el imperio colonial tenía que cesar de existir. Podría haber sido posible hace años, cuando las guerrillas eran todavía incipientes. Pero entonces el Régimen fascista no podía imaginar tal clase de solución: incluso hubo de ser derribado enteramente para poder iniciarla. Todo ello no evita que muchas personas piensen que si se hubiese hecho caso a Spínola, África no estaría ahora al borde de la guerra civil y los colonos estarían en mejores condiciones. Nadie se hace muchas ilusiones acerca de lo que puede hacer frente a la guerrilla del Frelimo, en Mozambique, un



Costa e Gomes, en estos momentos, una figura clave de la política portuguesa: el máximo poder militar.

## VISTA A PORTUGAL

JUAN ALDEBARRAN

ejército de colonos que se calcula —por ellos mismos— en unos 30.000 hombres, cuando todo el Ejército portugués, con la ayuda de la metrópoli —con la sangría de la metrópoli—, no ha podido contenerlo. Pero hay visiones de apocalipsis. Podrían subir los Ejércitos de Rhodesia y de África del Sur en apoyo de los blancos, y podrían entrar en la batalla los Ejércitos negros de otros países en ayuda de la independencia... y en busca de la eliminación definitiva de los países de blancos en África... Sería entonces una guerra civil africana de proporciones descomunales... Estamos aún lejos de ello, si es que se produce alguna vez. Los países blancos de África harán todo lo posible por ayudar a los colonos portugueses; todo menos comprometerse a una guerra que podría ser definitiva para ellos.

El reflejo en Lisboa es, como queda dicho, el de un cierto refuerzo de la posición del Presidente Antonio de Spínola. Estaba seriamente alcanzado por la «crisis Palma Carlos»; es decir, por el movimiento hacia la derecha que había patrocinado más o menos oscuramente y que había fracasado. Su objetivo hubiese sido la celebración rápida de unas elecciones presidenciales, que hubiera ganado y que le hubiesen colocado en su puesto por elección popular, en lugar de por una designación del conjunto de fuerzas militares, que puede variar en cualquier momento (sustituir a un Presidente designado es fácil, relativamente; destituir a un Presidente electo es un golpe de Estado), y reforzar los poderes de un Gobierno que deseaba eliminar la importancia de las fuerzas de la izquierda. La crisis se con-

juró, y el golpe de Spínola quedó desbaratado. Apareció, en cambio, la mayor fuerza para la tendencia del 25 de abril como movimiento antifascista popular de carácter democrático con presencia de todos los partidos políticos (con la excepción de la extrema izquierda revolucionista y de la extrema derecha). El segundo Gobierno provisional recogía más auténticamente el espíritu del 25 de abril que el primero. Pero no estaba exento de la tirantez entre las dos líneas principales de las Fuerzas Armadas.

La línea que aparecía como mayoritaria en este segundo Gobierno era la de los militares Vasco Gonçalves —primer ministro—, Melo Antunes, Victor Alves, Victor Crespo y Otelo de Carvalho. Su base principal es la de que el movimiento del 25 de abril no fue un golpe de Estado causado por el problema africano, sino un movimiento antifascista para implantar un Régimen de izquierda —esto es, una democracia abierta y real— en el país. Esta idea democrática y la filiación de izquierdas de los militares citados les hace adoptar una postura firme en cuanto a la posibilidad de recuperación de elementos e ideologías del antiguo Régimen. En la práctica, pretenden la defensa entera del programa del 25 de abril, que el Movimiento de las Fuerzas Armadas se mantenga como una organización permanente capaz de corregir todos los movimientos políticos hasta la instauración civil de la democracia electoral y parlamentaria y como una estructura restringida, de «puros», y una vigilancia continua de la personalización del poder, de la creación de mitos como el de Antonio de Spínola, Presidente de la República.

Pero otro grupo de oficiales considera este programa como avanzado. Son, dentro del Movimiento de las Fuerzas Armadas, los moderados. Creen también que la solución es electoral, pero consideran demasiado a la izquierda a sus compañeros del segundo Gobierno; critican lo que ellos llaman su «vedettismo», pretenderían que la acción del MFA no estuviera reservada a los que se llaman «puros» y consideran que el 25 de abril no fue una revolución social y política, sino un golpe militar que no debía cambiar las estructuras del país, sino mantenerle simplemente hasta que las elecciones fuesen posibles. Esta segunda línea es la spinolista. Según ella, los militares deberían haber regresado a sus guarniciones, manteniéndose allí simplemente para apoyar a Spínola.

Para el grupo que podemos llamar de la izquierda, la solución ideal hubiese sido la sustitución de Spínola por el general Costa e Gomes, a quien consideran más próximo a su ideología de democracia pluralista. Costa e Gomes

es en estos momentos una figura clave de la política portuguesa: en estos días, en que se ha manifestado con alguna agudeza la crisis entre las dos tendencias del Movimiento de las Fuerzas Armadas, Costa e Gomes ha conversado con las dos, y muy especialmente con Antonio de Spínola, que ha pasado una temporada en el balneario de Buçaco, aparentemente por razones de salud —va todos los años a tomar las aguas— y también aparentemente absorbido por los problemas africanos más que por los metropolitanos. Costa e Gomes ha sido ahora nombrado presidente de un Consejo de Jefes de Estado Mayor de las tres Armas, y aparentemente despolitizado; tendría el máximo poder militar, mientras Spínola tendría el máximo poder político. Como si la segunda tendencia del MFA hubiese podido con la primera, y poder militar y poder político quedasen enteramente separados. Pero Costa e Gomes es un militar político. Se le encuentra ya mezclado a un intento de golpe de Estado en 1961, que Salazar desbarató antes de que fuera algo más que una sospecha asumiendo personalmente la cartera de Defensa. Costa e Gomes, que era subsecretario del Ejército, fue privado de su cargo y después enviado a Mozambique como jefe de aquella región militar. Costa e Gomes asumió entonces el papel de revindicador de la «contestación» militar al Régimen y a la política africana. Nombrado jefe de Estado Mayor, con Spínola como adjunto, fue Costa e Gomes quien dio el permiso oficial para que fuese publicado el libro de Spínola; cuando éste fue destituido, Costa e Gomes se negó a participar en un acto de adhesión y refuerzo al Presidente Caetano, y fue expulsado de su cargo. Se ha llegado a decir que el verdadero inspirador del Movimiento de las Fuerzas Armadas ha sido Costa e Gomes, y que Spínola no ha representado más que al gran capital. Repuesto en su cargo de jefe de Estado Mayor a partir del 25 de abril, Costa e Gomes se ha aplicado desde entonces a coordinar y unificar los distintos estamentos militares. Podría haber ocurrido ya que los militares de la línea de la izquierda hubiesen pedido a Costa e Gomes su apoyo para requerir de Spínola la dimisión de su cargo de Presidente de la República, y que Costa hubiese negado tal apoyo en virtud de las circunstancias. La noticia dada hace poco de que Costa e Gomes se habría sumado a los puntos de vista de Spínola podría ocultar simplemente esta negativa a aceptar la destitución de Spínola y, por consiguiente, su ascensión a la Presidencia de la República, en virtud de que las circunstancias no le parecen oportunas y que no cree llegado el momento de imponer una de las dos tendencias del Movimiento de las Fuerzas Armadas.

Pero la solución del conflicto

se resuelve con el nombramiento de Costa e Gomes para presidir este Consejo de Jefes de Estado Mayor de las tres Armas. Con este Decreto y este nombramiento, la estructura militar queda totalmente separada del Gobierno provisional; la competencia que hasta ahora tenía el presidente del Consejo de Ministros sobre el Ejército pasa enteramente a manos de Costa e Gomes, sin intervención directa del Presidente de la República. Más aún, se cree que la Comisión Coordinadora del Movimiento de las Fuerzas Armadas va a quedar integrada dentro de este Estado Mayor, con funciones de consulta para Costa e Gomes.

Esta organización se considera —como lo hace el semanario de Lisboa «Expresso»— como la solución de una crisis político-militar. La solución es, en realidad, un equilibrio, sin que las tensiones desaparezcan. El papel de Costa e Gomes parece ahora muy alto, pero limitado a una función: la de que las Fuerzas Armadas se limiten a garantizar la implantación de la democracia en Portugal, manteniéndola viva hasta las elecciones de 1975. ¿Quiere decir esto que la segunda línea, o derechista, dentro del MFA ha ganado? No exactamente, porque es la otra la que sigue gobernando, aunque sea a título privado (los ministros no lo son en tanto que

militares, sino como personas privadas). Para el «Expresso», las dificultades que aparecen son éstas: «Para cumplir el programa constitucional, las Fuerzas Armadas tendrán que abdicar de la tendencia fácil a perpetuar el poder militar y de la tentación de un confrontamiento interno. Y la Historia nos revela cómo siempre fue difícil a los militares abandonar un poder que conquistaron por sus méritos propios, y que un golpe armado normalmente comprende una serie de subgolpes. Pero ahí está la originalidad y el buen sentido del 25 de abril: mostrar que si el camino es difícil, más urgente es comenzar a recorrerlo».

Ese camino difícil es electoral. Pero hasta las elecciones, ¿qué? ¿Cómo se mantiene la democracia antes de que exista, sin Parlamento y sin instituciones propias. Para los partidos de izquierda, esta preponderancia que parece haber ganado la «segunda línea», o derechista, es inquietante. De nuevo aparecen, como en tiempos previos a la crisis de Palma Carlos, tendencias anticomunistas. No se hacen directamente contra el partido, sino, como es costumbre, contra las organizaciones extremistas, de las que el partido es precisamente el peor enemigo; pero la confusión prevalece. Los socialistas se quejan de que las leyes reguladoras de

las huelgas, que acaban de aparecer, son demasiado severas. Lo son también las disposiciones contra las manifestaciones públicas, que restringen éstas a aquellas, cuyo objetivo «no sea contrario a la ley, la moral, los derechos de las colectividades, el orden, la tranquilidad pública»; el derecho de reunión se restringe a actos que no «ofendan el honor y las consideraciones debidas a los órganos de la soberanía o a las Fuerzas Armadas»: no pueden celebrarse sin solicitar un permiso gubernamental con cuarenta y ocho horas de anticipación.

La Ley Electoral, una vez convertida en Decreto por el Gobierno, será una pieza clave en el movimiento político. Hasta ahora sólo se sabe que el Consejo ha aprobado las restricciones al derecho de voto y elegibilidad. Se trata más bien de que esta lista de personas sin derechos no se haga de una manera general, sino nominal; es decir, no en tanto que pertenecientes al antiguo Régimen, sino como individuos cuya actuación haya sido negativa. Pero puede ya decirse que, además de los miembros de la PIDE, condenados a indignidad nacional, aparecen todos los ministros (pero no los subsecretarios), los gobernadores civiles, diputados y procuradores de la Cámara Corporativa, presidentes de Municipios del Régimen derribado y los dirigentes del partido fascista.

En realidad, la exigencia de responsabilidades es muy escasa, y están saliendo en libertad ya las escasas personas (incluidos ministros del Régimen de Caetano que estaban en prisión atenuada. El diario «República» pide, sobre todo, que se investiguen las fortunas y la corrupción más que los hechos políticos de los prohombres del Régimen caído. Relata algunos casos. El Presidente de la República, Americo Thomas, continuaba recibiendo un sueldo de administrador de una compañía con intereses petroleros; el ministro del Interior, además de su sueldo oficial, recibía de la Sociedad de los Cabos de Avila, como consejero, 50 «contos» (un conto, mil escudos; un escudo, 2,40 pesetas) mensuales. Y habría recibido, junto con el ministro de Justicia, una escopeta de caza de regalo de las que cuestan ahora 900 «contos», y que naturalmente no habrían recibido estos regalos sólo «pelos lindos ojos de quem se quer presentear», sino a cambio de favores administrativos... Se ha creado una comisión investigadora, y estos datos y los de otras personas comprometidas con el Régimen serán, sin duda, publicados cuando llegue el momento.

Porque no todo son errores políticos, sino que una parte principalísima de la responsabilidad del fascismo está en esta manera de estafar al pueblo: en la corrupción a todos los niveles, que es la que al final destroza un país. ■



Spínola, el máximo poder político.